

El Deporte en la Iglesia de los Primeros Siglos

En el paganismo el cuerpo era divinizado y sus vicios llamados virtud. Su forma, su vigor, sus excesos eran objeto de un culto particular que se rendía en verdaderos templos — la arena, el estadio, los teatros — donde una multitud torpe y pervertida celebraba las glorias de la fuerza bruta.

Este culto de las fuerzas corporales, si bien estimulaba la belleza física de los atletas, producía también la degradación de sus almas.

Por lo tanto, desde sus primeros pasos, el Cristianismo deberá chocar con un enemigo implacable cuyo espíritu, cuyas doctrinas y leyes están esencialmente en desacuerdo con el ideal sobrenatural que éste proclama e impone a través del mundo regenerado.

De aquí que el Apóstol de los Gentes, haciéndose portavoz de la religión nueva, condene sin reticencias el paganismo con su materialismo y sus funestas consecuencias. En su epístola a los cristianos de Roma, S. Pablo juzga así a aquéllos que se habían convertido en señores del mundo.

"Y mientras que se jactaban de sabios pararon en ser unos necios. Por lo cual Dios los abandonó a los deseos de su depravado corazón, a los vicios de la impureza: en tanto grado que deshonraron, ellos mismos sus propios cuerpos; ellos que habían colocado la mentira en el lugar de la verdad de Dios; dando culto y sirviendo a las criaturas en lugar de adorar al Creador. Por eso los entregó Dios a pasiones infames.

"Pues como no quisieron reconocer a

Dios: Dios los entregó a un réprobo sentido, de suerte que han hecho acciones indignas quedando atestados de toda suerte de iniquidad, de malicia, de fornicación, de avaricia, de perversidad; llenos de envidia, homicidas, pendencieros, fraudulentos, malignos, chismosos, infamadores, enemigos de Dios, ultrajadores, soberbios, altaneros, inventores de vicios, desobedientes a sus padres, irracionales, desgraciados, desamorados, desleales, desplazados.

"Los cuales en medio de haber conocido la justicia de Dios, no echaron de ver que los que hacen tales cosas, son dignos de muerte eterna, y no sólo los que las hacen, sino también los que aprueban a los que las hacen". (Romanos, cap. 1)

Más si el Apóstol de Cristo movido de santa cólera, condena así el paganismo y muestra a los fieles sus tristes consecuencias para alejarlos del mismo, ¿lanzará también el anatema contra la belleza, la forma física y el cuidado que el cuerpo reclama? De ningún modo.

El Cristianismo lucha contra la depravación del ser, contra ese desequilibrio que ha tenido como resultado la transformación del cuerpo y de sus facultades en centro al cual todo converge, con desmedro de los derechos imprescriptibles de la superioridad del espíritu.

El Cristianismo restablece, pues, el orden interrumpido, dando a cada uno de los elementos, que constituyen nuestra naturaleza, el puesto exacto que debe ocupar según el plan divino.

No es que el cuerpo sea malo en sí,

como predicarán más tarde numerosas herejías que la Iglesia alejará de su seno; el cuerpo está lleno de grandeza, de dignidad, de santidad incluso, pues, es la obra del Omnipotente y el tabernáculo del Altísimo; mas nacido para servir, debe permanecer como siervo y no convertirse en señor y déspota. Sus instintos deben, pues, estar continuamente vigilados, reprimidos, para que el cuerpo no se subleve arrastrando al espíritu al mal moral.

Guiado por este espíritu S. Pablo escribe a los Colosenses y a los Romanos: "Haced morir pues, los miembros del hombre terreno". (Colosenses III). "Porque los que viven según la carne, se saborean con las cosas que son de la carne: cuando los que viven según el espíritu, gustan de las cosas que son del espíritu. Por donde los que viven según la carne, no pueden agradar a Dios. Que si alguno no tiene el espíritu de Cristo, éste tal no es de Jesucristo. Porque si viviéreis según la carne, moriréis: mas si con el espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis" (Romanos VIII).

... Mas este cuerpo es también el palacio donde reside el Eterno.

"No sabéis vosotros que sois templos de Dios, y que el espíritu de Dios mora en vosotros? ¿Porque si alguno profanare el templo de Dios, perderle ha Dios a él. Porque el templo de Dios que sois vosotros santo es".

"No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿He de abusar yo de los miembros de Cristo para hacerlos miembros de una prostituta? No lo permita Dios" (Corintios III y VI).

... Mas aunque recordando así a los primeros cristianos la verdadera dignidad del cuerpo humano y estimulándolos a custodiar celosamente la nobleza de su carne y de su sangre, a sobrenaturalizar la actividad física, estaba el Apóstol bien lejos de desaprobar la cultura razonable de nuestro ser material.

Y a mayor abundamiento, S. Pablo quiere servirse de ejemplos tomados de los espectáculos del circo y del estadio, para ilustrar sus enseñanzas morales y religiosas.

Estas expresiones no sólo no le parecen fuera de lugar, sino que si intimida el paralelo mismo que él voluntariamente establece entre los elementos del compuesto humano, le parecen los más apropiados para hacer comprender a aquéllos a quienes educa la belleza del uno a través de la riqueza del otro.

En sus divinas enseñanzas dirigidas a

las poblaciones rurales de la Palestina, Jesús se sirve sobre todo, de aquellas imágenes que tienden a despertar la imaginación, a ilustrar la inteligencia de aquéllos que El encontraba en su camino, campesinos y pescadores, en perpetuo contacto con la simple naturaleza. Les evoca, pues, la siembra, las mieses, la vendimia, la cizaña, la tierra árida, las anémonas de los prados y finalmente la oveja descarriada del rebaño.

Pablo anuncia el Evangelio a los pueblos de las ciudades de Oriente y Occidente, dedicados a los deportes, en ciudades que poseen, todas, un foro, un estadio, un circo. Y poniendo en práctica su propio consejo, "que es necesario saber hablar a los ángeles la lengua de los ángeles, y a los hombres la lengua de los hombres", no duda en apelar a los objetos que le rodean y que son familiares a su auditorio, para instruirlo y convencerlo.

Los recién convertidos no habían roto de un todo, ciertamente, los lazos que los unían con la vida social de su tiempo, y si bien habían renunciado al culto pagano y se abstendían de toda práctica idolátrica, continuaban viviendo tranquilamente según las costumbres de su época, sin distinguirse del resto de sus compatriotas más que por su justicia, su pudor y su bondad.

"Eran partícipes del mundo sin serlo de sus errores", dice Tertuliano. He aquí por qué este célebre apologista del Cristianismo perseguido entonces — después de haber recordado al Emperador, en una magnífica defensa, que los cristianos, presentes por todas partes, en los palacios, en las casernas, en los estadios, en los campos, en los mercados, ausentes sólo de los templos cumplían con todos sus deberes de ciudadanos — añade estas palabras: "Nosotros recordamos muy bien el deber de reconocimiento que tenemos para con Dios, nuestro Señor y Creador. No rechazamos ningún punto de sus obras, pero nos moderamos en su uso porque no nos queremos servir de ellas indigna o excesivamente".

No es necesario decir que nuestros abuelos en la fe, practicaban los deportes, asistían a los concursos que lugar tan aceptado tenían en la vida pública de entonces, y se entretenían voluntariamente en estos asuntos familiares a su conversación.

Pablo mismo ¿no era acaso el más deportivo entre sus hermanos de apostolado, tanto que fué justamente llamado "el corcel de los mares"?

No nos maravillemos, pues, de sus palabras viriles que retumban con los sonidos del estadio y del ejército. En efecto, cuando quiere resumir el ideal cristiano, citará el adagio de la sabiduría antigua: "tener una mente recta en un organismo sano".

¿Será posible que no quiera comparar su vida con la de los atletas que él ha visto y ciertamente admirado? Para él, la virtud es un descanso moral que es necesario continuar sin interrupción, sin debilitamiento, hasta el triunfo.

"No que yo haya logrado ya la meta, dice a los Filipenses, ni llegado a la perfección; pero yo sigo mi carrera por ver si alcanzo aquello para lo cual fui destinado". (Filipenses III, 12.)

Porque para S. Pablo la existencia terrestre no es otra cosa que un fatigoso torneo, la muerte será la llegada a la meta y el premio la recompensa a los esfuerzos y a las fatigas. Y haciendo una vez más alusión a las competencias deportivas, al laurel con el cual se adorna la frente de los campeones, dirá a su discípulo predilecto, para advertirle de su fin próximo: "Combatido he con valor, he concluido la carrera, he guardado la fe. Nada me resta sino aguardar la corona de justicia que me está reservada"... (Epístola a Timoteo, IV, 7-8).

Todos somos miembros de un vasto cuerpo místico cuya cabeza es Cristo, cuyo augusto conjunto es la Iglesia. Ahora bien, al simbolizar el amor y la armonía que deben presidir a este todo, el Apóstol cree que el mejor medio para explicar este altísimo concepto es mostrarnos al atleta el cual maravillosamente desarrollado se convierte en modelo de una belleza completamente espiritual.

"Necesario es procurar, repite el Apóstol, convertirnos en hombres perfectos, para alcanzar a medida de la estatura de Cristo" y es permaneciendo ligados a El, nuestro Ideal, como lograremos el crecimiento pleno porque "es en El que todo el cuerpo trabado y conexo entre sí, recibe por todos los vasos y conductos de comunicación, según la medida correspondiente a cada miembro, el aumento propio del cuerpo para su perfección mediante la caridad". (Efesios IV 13-14, 16)

La vida es un combate el cual tiene su premio en el cielo. El cristiano será, pues, semejante al deportista, quien sin perder un momento, conserva y reparará sus fuerzas para lograr nuevos triunfos. "Soporta el trabajo y la fatiga como buen soldado de Cristo, escribe el Apóstol a Timoteo pa-

ra estimularlo al bien, porque ni el que combate en la palestra es coronado si no lidiare según las leyes". (II Epístola a Timoteo, II, 3-5).

Siempre guiado del mismo pensamiento, sin duda después de haber observado el juego de los gladiadores, dirá a los Efesios: "Revestíos de la armadura de Dios y de la coraza de justicia, calzad vuestros pies, tomad en la mano el escudo de la fe, cubrid vuestra frente con el yelmo de salud y combatid con la espada del espíritu".

En la práctica de la virtud los obstáculos son numerosos, los descorazonamientos fáciles, las ilusiones falaces. A aquellos fieles, que en el estadio se dan a los ejercicios físicos, asisten a las carreras, a las luchas, al pugilato, Pablo ofrecerá como ejemplo la resistencia, la paciente actividad de los atletas, en una palabra, su táctica.

"¿No sabéis que los que corren en el estadio, escribe a los Corintios, si bien todos corren, uno solo se lleva el premio. Corred, pues, de tal manera que lo ganéis".

"Ello es que todos los que han de luchar en la palestra, guardan en todo una exacta continencia; y no es sino para alcanzar una corona percedera; al paso que nosotros la esperamos eterna. Así que yo voy corriendo, no como quien corre a la ventura: peleo, no como quien tira golpes al aire. Sino que, castigo mi cuerpo y lo esclavizo: no sea que habiendo predicado a los otros, venga yo a ser reprobado". (I Ep. a los Corintios cap. IX 24-27).

¿No ha notado él acaso, que en los juegos todos los deportistas comienzan alegremente, y que poco a poco algunos se debilitan) mientras otros prestando oídos a las vacuas habladurías de los espectadores, se detienen y abandonan la lucha, a pesar de los consejos y las exortaciones de aquéllos que los alientan?

¿Cuando quiera, pues, reprender y corregir, Pablo recordará, a menudo, los ejemplos del circo. Siendo así que cierta mala influencia había lanzado la discordia y el descorazonamiento en el ánimo de los Gálatas, a penas convertidos, el Apóstol les dirige estas palabras llenas de paternal severidad: "Vosotros habéis comenzado bien vuestra carrera: ¿quién os ha estorbado? Persuasión semejante no viene ciertamente de Aquél que os ha llamado!

"Un poco de levadura hace fermentar toda la masa! Quien quiera que sea el que os anda inquietando llevará el castigo merecido".

Si S. Pablo usa así con abierta simpatía, términos deportivos para ilustrar sus

enseñanzas, revelándonos a uno, con los ímpetus generosos de su grande alma, el espíritu y las tendencias de los primeros cristianos, la literatura primitiva de la Iglesia se sirve, en varios lugares, de las mismas expresiones, de las mismas imágenes, haciendo de este modo más evidente el interés que los fieles también tomaban por los ejercicios físicos.

S. Ignacio, Obispo de Antioquía, fué condenado a ser devorado por las fieras en el circo de Roma, donde sufrió glorioso martirio hacia el año 110.

Durante el largo viaje hacia su espantoso suplicio, el augusto anciano envió varias cartas a las comunidades cristianas de las ciudades vecinas a aquellas por donde él pasaba, dando ánimos a los fieles, perseguidos por el odio pagano, exhortándolos a la perseverancia, a la unidad de la fe y a la caridad, hasta a la muerte cruenta, si fuere necesario.

Una de estas cartas sublimes, fué enviada a S. Policarpo, Obispo de Esmirna, martirizado en el circo de aquella ciudad, hacia el año 155.

Ahora bien, es de notar que estos dos atletas de Cristo conocedores, sin duda, del deporte, el cual probablemente habían practicado durante su juventud, como todos conciudadanos, encuentran en estos recuerdos, gratos a su memoria, un ardor completamente juvenil para lanzarse a luchar contra el mal, contra la muerte, y alcanzar el laurel de una gloria imperturbable.

Durante tres siglos, sobre la arena, allí donde se lanzaban los corredores impacientes, donde se perseguían en infernal carrera los ágiles carros, donde los luchado-

res se oprimaban rabiosamente y los gladiadores se enfrentaban con desespero, los cristianos, verdaderos atletas de un mundo nuevo, se empeñaban en el combate supremo por conquistar la palma de una victoria espiritual, maltratados sobre los caballetes, quemados sobre las parrillas, clavados en las cruces, devorados por las fieras, heridos a golpes de espada, en el aceite hirviente, torturados en mil formas inventadas por una crueldad sin nombre. Estos hombres, estas mujeres, de toda edad y condición, verdaderos apóstoles de la belleza física de la cual Cristo es divino ejemplo, de la belleza moral de la cual el Espíritu santificador es la fuente perenne, sofocarán sus gemidos, la voz de una naturaleza corrompida, y anegarán con su sangre el odioso materialismo.

Deportistas cristianos, recordad a vuestros antepasados, los cuales con sus esfuerzos sangrientos os han conquistado y transmitido una herencia de fe y de virtud.

¡No dilapidéis un tesoro tan rico! Aumentadlo sin cesar para transmitirlo más rico aun, a aquéllos que vendrán tras de vosotros. Pues si por desgracia, olvidando todas estas glorias hacéis pacto común con el enemigo que ellos combatieron y os pasáis a sus dominios no teniendo más la religión por guía ni por ley la virtud, desde la gloria de los Cielos vuestros antepasados vencedores renegarán de vosotros como apóstatas y degenerados, abandonándoos a la triste suerte de aquellos individuos y de aquellos pueblos que, no teniendo otro sostén que la añagaza del vicio, corren hacia el abismo por donde se despeña tarde o temprano todo aquello que es tan sólo carne.

J o s é M . L á z a r o